

Instituto de Lingüística
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires



Debates y conferencias en el Instituto de Lingüística
Inclusive el lenguaje
Debate sobre lengua, género y política

Santiago Kalinowski
Academia Argentina de Letras

Dir. del Depto. de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas

Marina Mariasch
Periodista, editora, integrante del colectivo Ni Una Menos

Alejandro Raiter
Prof. Titular Sociolingüística - FFyL - UBA

Coordinadoras:
Daniela Lauría y Julia Zullo

29-08-2018



Inclusive el lenguaje Debate sobre lengua, género y política

Daniela Lauría y Julia Zullo

El problema del género gramatical por estos días no es un solo un problema lingüístico sino social y, fundamentalmente, político. Pero ante todo deberíamos preguntarnos por qué es un problema: vivimos en una comunidad en la que algunas personas dicen /coletivo/ y otras dicen /colectivo/ y no se vive esa diferencia como un problema, no hay debates en los medios de comunicación ni discusiones acaloradas en las redes sociales al respecto. La variación en el uso es un fenómeno que la Lingüística ha trabajado ampliamente, desde los años sesenta en adelante con el desarrollo de los estudios sobre uso y la variación lingüística. No debería sorprendernos, entonces, que la lengua en uso varíe y que esa variación, esa diferencia tenga que ver con el género sociocultural (no el gramatical), una variable totalmente posible de contemplar en los estudios de sociolingüística clásica. El “problema” –y esto sí se vive como un problema– es que esta vez la variación no se debe a o no es resultado de un proceso espontáneo ni inconsciente. Es un proceso que podemos denominar “desde arriba”, planificado, una intervención glotopolítica sobre el uso público del lenguaje, una acción consciente y deliberada, un gesto militante; y esta vez, además, esa pauta lingüística y discursiva no viene dada por la escuela, ni por la universidad, ni por la academia, ni por los medios masivos de comunicación, sino por ciertos activismos–algunos relativamente nuevos, otros no tanto– y todos nacidos al margen de los grupos con poder sobre la lengua: nos referimos al movimiento feminista en un primer momento –cuando comenzó a plantear y a cuestionar el sexismo en la lengua y más recientemente cuando se sumaron otros colectivos LGTBIQ (lesbianas, gays, transgéneros, bisexuales, intersexuales y queers) que abogan por un lenguaje (más) inclusivo.

Respecto de las posibilidades de variación de la expresión del género gramatical, en algunos contextos y en ciertos registros es un tema que está en circulación desde hace ya bastante tiempo.

En los últimos meses cobró, sin embargo, nuevo impulso por varios motivos:

- a. La relevancia y la visibilización del movimiento feminista con motivo de la discusión parlamentaria sobre la Ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo (IVE) en nuestro país.
- b. La incorporación de una nueva variante, la “e”, sumada a las formas dobles, la x y la @, no solo en algunos registros escritos sino también en situaciones orales. Esta última opción responde a las exigencias de otros colectivos, como ya dijimos, que se reconocen ajenos a la autoridad sobre el uso lingüístico.
- c. Las reacciones que surgieron tanto desde sectores de la academia como exteriores a la misma, tanto a favor como en contra de las propuestas con diversos argumentos sustentados en cuestiones exclusivamente gramaticales, algunos y de orden retórico-discursivo, político, histórico, ideológico, otros.
- d. La inquietud de muchas instituciones vinculadas con la comunicación social y con la educación que se ve reflejada en numerosas consultas tanto al instituto en el que trabajamos como a sus integrantes. Esas entidades están en todos los casos preocupadas por “lo que deberían hacer”.

Pero esta no es más que una presentación. Una serie de motivos que justifican la convocatoria a especialistas y activistas. Esta mesa no solo es para escuchar sus puntos de vista sino también para conocer las inquietudes del público. Por eso, destinaremos unos 15 minutos a la presentación de cada uno y luego abriremos el debate.

Quisimos que estuvieran representadas distintas posiciones sobre el tema, que formularan sus argumentos desde distintos lugares enunciativos y que el público que seguramente ya tiene o está construyendo una postura sobre el tema, se pudiera llevar más preguntas y dudas que certezas. Muchas gracias por venir.

Presentación de lxs expositorxs

Seguimos el orden alfabético para los turnos de habla

Santiago Kalinovski. Licenciado y profesor en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Es Magíster en Lexicografía Hispánica por la Escuela de Lexicografía Hispánica, Real Academia Española. Es Doctor en Estudios Hispánicos por la Universidad de Western Ontario, Canadá. Es Director del Departamento de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas de la Academia Argentina de Letras desde 2014. Dentro de los proyectos actuales del Departamento, figuran la nueva edición del Diccionario del Habla de los Argentinos y del Panorama de nuestra lengua, la codificación de corpus para el CORPES XXI (Corpus del Español del Siglo XXI), proyecto de la Real Academia Española y la colaboración con el Laboratorio de Inteligencia Artificial Aplicada, dependiente de la UBA, para desarrollar tecnologías de detección de léxico con contrastes de uso dentro del territorio de la Argentina

Marina Mariasch. Licenciada en Letras, escritora, ensayista y docente. Trabajó como editora, y en 1997 creó el sello editorial Siesta de poesía, que publicó, entre unos cincuenta títulos, a los autores más relevantes de la Generación del '90. Publicó varios libros de poesía reunidos por Blatt & Ríos en 2014 bajo el título Paz o amor, y las novelas El matrimonio (Bajo la luna, 2011 y Estamos Unidas (Mansalva, 2015). Como periodista escribe desde 1990 sobre arte y cultura en medios como Página 12, Rolling Stone, Anfibia, y trabajó en radio y televisión como investigadora, columnista y conductora. Forma parte del colectivo de literatura "Máquina de lavar" que publicó el libro La pija de Hegel (Pánico el pánico, 2014). Es militante y activista del feminismo, referente del área de género en el INADI e integrante del colectivo de organizadoras de "Ni Una Menos".

Alejandro Raiter. Profesor Titular de la materia Sociolingüística en la carrera de Letras en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Doctor en Lingüística por la Universidad de Buenos Aires, profesor e investigador de esta Facultad desde hace más de veinte años. Referente de la Sociolingüística, la Psicolingüística y el análisis del discurso. Dirige proyectos de investigación y tesis de doctorado y posdoctorado. Ha dictado cursos en universidades de todo el país y del exterior. Es autor y coautor de numerosos libros como Sujetos de la lengua, Lenguaje y sentido común, Lingüística y Política, La caja de Pandora, Al filo de la lengua, entre otros...

Esperamos continuar con este ciclo de debates sobre temas vinculados con el lenguaje en general que organizamos desde el Instituto de Lingüística.

Santiago Kalinowski

El tema del lenguaje inclusivo generó de parte de la comunidad en general y de la comunidad de medios de comunicación en particular una demanda de respuestas. El fenómeno genera mucha perplejidad y el Departamento de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas (DILyF) de la Academia Argentina de Letras (AAL) fue una de las voces sobre las cuales existió una demanda, muy fuerte, de proveer esas respuestas. Esto nos obligó a transitar un proceso de reflexión y aprendizaje para sentar una posición, que no es institucional sino departamental. En esta charla, me gustaría resumir cuál es esa posición a la que arribamos y después detenerme sobre lo que significa tratar de comunicar esa posición a la opinión pública.

Hay un problema básico desde ese punto de vista: es muy fuerte el convencimiento que hay acerca de que la lengua la cambia o la conserva la Real Academia Española (RAE). Aunque se pongan en cuestión ciertas ideas o intervenciones de la RAE, antes o después termina apareciendo la convicción de que la RAE acepta o rechaza palabras, expresiones, estructuras, etc. Esto, como idea lingüística, es aberrante. Lo venimos repitiendo cada vez que podemos, pero es tal el arraigo que tiene en la opinión pública que es necesariamente uno de los temas que hay que considerar cuando uno está tratando de comunicar algo acerca de la lengua. Ese problema trae otro asociado, que es que la idea de que un grupo minoritario tiene la capacidad de cambiar la lengua. Después puede pasar que haya un rechazo contra uno de esos grupos minoritarios, pero la idea de que un grupo minoritario puede decidir cambiar la lengua está instalada en la opinión pública. Por eso, una de las primeras cosas que se dicen es que esto es un cambio lingüístico, cuando, como se enseña en cualquier clase de historia de la lengua, en cualquier idioma, el cambio lingüístico es un proceso natural inconsciente, no una intervención consciente, planeada y diseñada.

El tema comunicacional tiene otro problema. Hay muchos “especialistas” que dicen que eso es precisamente lo que está pasando. Ponen este fenómeno como una especie de presión del referente. Algo así como que, ahora que el referente cambió, los grupos humanos tienen otra composición, y, por lo tanto, “los jóvenes” toman la “decisión” de crear un tercer género. Eso es problemático por varias razones. La primera es que los colectivos humanos con muchas mujeres o con mayoría de mujeres existieron siempre, y esta presión del referente nunca implicó en ningún hablante la necesidad de crear un tercer género. La segunda razón es que, como dije antes, los cambios lingüísticos no se deciden. Lo que cambió, en realidad, es el contexto social, político, ideológico y surgieron grupos de activistas que vieron en las posibilidades que brinda la lengua una oportunidad de intervenir el discurso público con el fin de lograr el objetivo de corregir una injusticia que tiene la sociedad. Eso es un uso retórico. Es el diseño de un mensaje, apropiándose de las posibilidades que brinda la lengua, para lograr un efecto en el auditorio. Ese efecto que se busca es crear un consenso que produzca las condiciones necesarias para cambiar una situación de la sociedad. Es un fenómeno eminentemente retórico, cuyo contexto es político.

¿En qué consiste, entonces, lo que salimos a decir desde el DILyF? Primero, está la idea de que la lengua es “aséptica”. Que no tiene política, no tiene prejuicios sexuales, raciales, religiosos. Que el masculino genérico es una cosa “clínica”. Este argumento no es convincente, pero el contraargumento es necesariamente una especulación, porque hunde sus razones en el pasado de la especie humana. Si la especie tiene seis millones de años, durante 99.999 por ciento de ese tiempo el hombre, el macho de la especie, acaparó absolutamente todos los espacios de visibilidad, de poder y de notoriedad que brindaba el ordenamiento social. Ese proceso histórico-social es el que configuró el masculino como una suerte de centro simbólico neutro a partir del cual lo femenino está removido un grado. No cabía esperar que los hablantes hicieran algo diferente con la lengua. Se dio así, de manera natural, es decir, sin que nadie decidiera que tenía que ser así. Por lo tanto, se sigue que no es casual que el español, junto con la mayoría de las lenguas, hayan configurado el genérico de esa manera en el masculino. No es insignificante.

Está también el argumento de que la lengua no es mágica, que no por decir “ellos” se va a acabar la injusticia. Lo cual puede ser cierto, pero la lengua es la herramienta más importante que tenemos para intervenir la realidad a través de los consensos que se generan entre los grupos humanos con sus distintos intereses. Es decir, entonces, que la realidad social de la especie configuró la lengua. Una vez que la lengua está configurada de esa manera, cada vez que aparece el masculino genérico, se convierte en el refuerzo de una configuración histórica. Desde el punto de vista de una agrupación que se planta ante una injusticia y quiere cambiar esa realidad, nada tiene más sentido que intervenir ese refuerzo, como una manera de empezar a criticar un estado de cosas injusto.

Lo que decimos, en suma, es que se trata de un fenómeno retórico que busca lograr un efecto en el auditorio. Ese efecto es el de toma de conciencia de que existe una situación de injusticia en la sociedad, es un pronunciamiento político de parte del enunciador que dice “yo me paro frente a esa situación de injusticia en una posición de denuncia”. Cada vez que se usa una fórmula de inclusión, se genera el efecto de que la persona que escucha, aunque se esté hablando de cualquier tema, no puede permanecer al margen. De alguna manera tiene que interactuar con los sentidos que se abren a partir de la aparición de la fórmula. Esto hace que el fenómeno sea eminentemente político. Por eso es preferible la conducta de la AAL, que es una institución que no es política en el sentido partidario, o como lo es una organización de activistas interesada en temas de género, economía, trabajo, justicia, etc. Es una institución que, según declaran sus estatutos, entiende en temas de lingüística, literatura, teatro, etc. No es un partido político o un *think tank*. Como el fenómeno es eminentemente político y retórico, cualquier postura institucional, aunque asuma la forma de un análisis lingüístico, es recibida por la sociedad como una intervención política. Eso es lo que está pasando, según creo, con la postura institucional de la RAE. Muchos, en especial los grupos que están a la vanguardia de este proceso político, lo leen como una defensa del patriarcado, no como un análisis desapegado, objetivo y científico de la lengua.

No es, entonces, un cambio lingüístico precisamente porque los cambios lingüísticos no los decide nadie y los decidimos todos. La distancia que separa, por ejemplo, muchos cambios lingüísticos que en español tomaron más de mil años entre el punto de partida y el de llegada, no es tan grande como la que pretendería el lenguaje inclusivo en cuanto a la reestructuración del género. Es decir, la forma en que eso está codificado en la mente de todos los hablantes es una regla de muy alta jerarquía.

No es cambiar o incorporar una palabra. El léxico cambia mucho más fácilmente que la sintaxis. Esto no es verdad, sin embargo, de palabras como las preposiciones, porque son palabras gramaticales, de clase cerrada y cambiarlas o incorporar nuevas equivale a cambiar la sintaxis. Un cambio sintáctico es mucho más difícil que un cambio léxico, porque implica un esfuerzo enorme, y uno de los problemas que tiene la comunicación de este fenómeno a la opinión pública es la tendencia a entenderlo siempre en términos de cambio sintáctico.

En este tiempo, aprendimos que cuando decimos que es un fenómeno retórico, los periodistas y el público perciben que eso le quita relevancia al inclusivo, que lo menoscaba o lo descalifica. Eso obliga a desplegar otras estrategias para contrarrestar esa idea. Se hace necesario enfatizar que no tiene absolutamente nada de malo que no se trate de un cambio sintáctico. Últimamente estoy diciendo que la retórica es muy persistente. Podemos mirar la metáfora en español, en italiano, en latín, en griego. El recurso retórico fue quedando. Las lenguas fueron y vinieron, cambió la sintaxis, cambió la fonética, el léxico, pero la metáfora quedó más o menos igual a sí misma. En ese sentido, tal vez habría que pensar que decir que esto es un fenómeno retórico es concebir que puede persistir en el tiempo mucho más allá de lo que se tiende a aceptar. La opinión pública suele pensar que, si esto no se codifica como gramática, no es un fenómeno relevante, y ese es uno de los equívocos con el que debemos trabajar, porque al ser esto un fenómeno de intervención del discurso público que persigue un objetivo, se trata de una herramienta. Su objetivo no es la gramaticalización del inclusivo sino el cambio social. Esto puede también ayudar a entender las posturas adversas tan extremas que se están viendo, porque al haber, mezcladas en el debate sobre la lengua, posiciones políticas rivales, parece claro que el sector que se opone al uso de las fórmulas de inclusión busca evitar que el adversario tenga acceso a un recurso que es muy potente. Porque lo es. Esta sala está llena y les aseguro que eso es un reflejo muy exacto del agudo interés y de los fuertes sentimientos que suscita esta intervención en particular.

Una intervención que, como formulación discursiva que rodea una lucha política y social, no tiene más novedad que la de haber “inventado” formas lingüísticas que el sistema no contemplaba. Desde el punto de vista discursivo, siempre las luchas políticas y sociales se vieron acompañadas de determinada formulación retórica. Eso es algo tan viejo como lo es la lucha social o política.

Uno de los rasgos del inclusivo que más fuertemente indican que se trata de un fenómeno retórico surge cuando se analiza el ámbito de circulación. Esto es, por ahora y todavía no he visto nada que me haga pensar lo contrario, un recurso que circula sobre todo cuando la lengua es pública. Es un fenómeno de la lengua pública: cuando hay una entrevista, cuando se escribe un cartel, un tuit, muchas veces cuando se chatea. En la intimidad no es un fenómeno que tenga un uso significativo, que sepamos. Mucha gente argumenta que sus hijos lo usan y se habla mucho de los adolescentes, y habrá que ver, pero la reticencia que me despierta considerarlo por fuera de la lengua pública surge de la dimensión del cambio. Una manera de ilustrar esta diferencia es compararlo con lo que sucede en inglés, lengua de flexión muy pobre pero que presenta el mismo problema con los pronombres personales que el español. Hay masculino y femenino, pero no un pronombre neutro para referirse a una persona en singular. Lo tenían para cuando se hacía referencia a una persona en singular inespecífica. El pronombre *they*, de plural, se usa desde hace siglos (está en escritores como Chaucer, Shakespeare, Jane Austen) con significado singular inespecífico. Actualmente, una de las soluciones

que encontraron fue usar el pronombre *they* con significado singular específico. Es la solución más asentada y extendida, al punto que fue palabra del año en 2015 para la American Dialect Society.¹ Esa propuesta consiste en ajustar apenas uno de los rasgos semánticos del pronombre (inespecífico por específico), distancia mínima que requiere un esfuerzo incomparablemente menor al que exige el inclusivo. Está bastante claro, según sostienen lingüistas como Kirby Conrod,² que muchos hablantes nacidos después del año 1980 ya lo están usando de esa manera inconscientemente. Eso haría que se pudiera considerar ese uso como un cambio lingüístico, en contraste con lo que, en mi opinión, sucede con el inclusivo en español.

Para cerrar, quería leer dos citas que ilustran un poco las dificultades que este fenómeno les presenta a lingüistas que centran sus análisis en el sistema lingüístico, sin considerar el ámbito discursivo amplio, siempre más fluido e inestable. Muchos caracterizan más adecuadamente este fenómeno precisamente cuando están intentando descalificarlo. Un ejemplo tiene que ver con el ámbito de circulación que mencioné antes, según Ignacio Bosque:

[...] se ve como algo enteramente natural que la autoridad, el responsable o el gestor que desdobra usuarios y usuarias o ciudadanos y ciudadanas se olvide de su desdoblamiento cuando ya no esté delante de un micrófono o de una cámara. Una vez abandone la tribuna o el estudio de grabación, dirá que “va a cenar con unos amigos”, sin intención de excluir a las mujeres, o que “tiene que ir al colegio a recoger a sus hijos”, sin que hayamos de suponer que no tiene hijas. Hablará, en una palabra, como todo el mundo.³

Cuál es el problema de que un recurso se active cuando la lengua es pública, si lo que busca es un efecto público, que persigue un fin político. Este rasgo no invalida la intervención ni indica que carece de sentido. Al contrario, es una característica que permite describir de un modo muy preciso lo que está pasando.

También quería leer una cita de Virginia Bertolotti en el mismo sentido. Se trata de una brillante (y extremadamente pedagógica) comparación metafórica, que, a pesar de que ella la entiende como una manera de argumentar en contra del inclusivo, de su relevancia y de sus posibilidades, termina caracterizándolo casi a la perfección en sentido contrario:

Creo que hablar (y escribir de esta manera, ya que hablar es casi imposible, más que por un rato) no es muy distinto a usar una camiseta de algo. Es mera propaganda. Por ejemplo, yo soy hincha de Defensor, un cuadro chico. Podría decidir de ahora en adelante ir siempre a trabajar con esa camiseta. Puedo ir a dar clase, puedo ir a las sesiones del Consejo de mi Facultad, incluso puedo ir al CDC de la Universidad o a los plenarios de la Academia Nacional de Letras. Quizá esto aumente en algo el número de hinchas, pero no va a cambiar en nada “sospecho” las posibilidades de que Defensor gane el campeonato.⁴

1 <https://www.americandialect.org/2015-word-of-the-year-is-singular-they>.

2 <https://vocalfriespod.fireside.fm/14>.

3 BOSQUE, IGNACIO (2012), “Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer” [en línea]. <http://www.rae.es/sites/default/files/Sexismo_linguistico_y_visibilidad_de_la_mujer_0.pdf> [Consulta: abril de 2018], p.11-12.

4 <https://www.elpais.com.uy/que-pasa/docentes-aceptan-lenguaje-inclusivo-pruebas-clases.html>.

De nuevo, cuál es problema de que sea “mera propaganda”. Nadie sostiene que el inclusivo sea algo usado por una persona y que todo depende del efecto que pueda tener que lo use esa persona. Estamos hablando de que el inclusivo puede tener un efecto si lo usan cien personas, si lo usan mil, cien mil o un millón de personas. Si, de un día para otro, cien mil personas empiezan a usar la camiseta de Defensor, quiere decir que tuvieron que comprarla, la camiseta además tiene una publicidad, eso hizo que el club pudiera comprar algunos jugadores, tal vez eso les permite mejorar algunas facetas del juego, gracias a eso ganan más partidos, etc. De repente, si en lugar de cien mil, eso lo hacen un millón de personas, las posibilidades de que Defensor salga campeón empiezan a dejar de parecer tan descabelladas. Es decir, si un día millones de personas usan el inclusivo, en distintos países además, porque es un fenómeno global que varía de acuerdo a las condiciones de cada lengua, podemos conjeturar que es factible que llegue un momento en el que la clase política no se podrá dar el lujo de desoír la demanda de cambio que se articula discursivamente de esa manera.

Por último, me gustaría terminar con los argumentos que uso con quienes escriben a la Academia (tres o cuatro casos hasta ahora) para exigir alguna iniciativa que contenga, limite o, incluso, prohíba el uso del inclusivo.

Como queda dicho, cada vez que alguien decide usar una fórmula de inclusión, está pronunciándose políticamente. Pretender coartar la libertad de las personas de pronunciarse políticamente es un gesto autoritario incompatible con la convivencia democrática. Similarmente, pretender imponer el inclusivo a quien no decide usarlo (o decide no usarlo) es igualmente autoritario, porque fuerza a las personas a asumir una posición a la que no llegaron por su propio convencimiento e iniciativa.

Que moleste

Marina Mariasch

La lengua, como todes les aquí presentes sabemos, es materia fluida, como el agua de un río. Cambia, se modifica. Pretenderla prístina, sin mácula ni contaminación, como pretende el autor español Arturo Pérez Réverte, creo yo sería un desacierto.

Si utilizáramos una forma límpida del lenguaje cómo hablaríamos? Español castizo? Latín? O quizás esos ecos o ruidos que les griegues escuchaban en la lengua de les extranjeros y no podían descifrar y que sonaban como bar bar bar bar.

El lenguaje de género me parece una barbaridad, dijo el historiador español Fernando García de Cortázar. Si pensamos el lenguaje como un sistema estable y estático, quizás a la que se refiera el historiador español sea esa la versión más pura, prístina y primigenia de cualquier lengua: unos gruñidos apenas articulados en el fondo de una caverna, o las ecolalias infantiles.

Pero como el amor para Cassavetes, el lenguaje o más específicamente la lengua, esa expresión en la que nuestra capacidad humana se vuelve organizada y social, es una corriente que no para. En el lenguaje, la diacronía no es error, es parte estructurante.

El lenguaje modela nuestros modos de ver y comprender el mundo. El castellano es lengua de le sujete, no tiene otra forma sin este sujete que siempre hace a la oración, tícite o explícite. Si nombramos en masculino en nuestra mente se crea la imagen de un sujeto masculino.

Teresa Meana, filóloga española, autora de *Porque las palabras NO se las lleva el viento*, dice que el lenguaje, piedra simbólica del patriarcado, “impide ver que impide ver”. Porque por ser sonido constante es silencioso, invisible. Y por eso las desigualdades de género en el lenguaje son aceptadas sin resistencia. Como para los peces en el cuento de David Foster Wallace, que ante la pregunta de cómo está el agua responden “¿qué demonios es el agua?”.

El lenguaje se mueve al ritmo de los cambios sociales. El agua límpida del lenguaje se contamina, se degrada o, si lo pensamos desde otra perspectiva, crece, se enriquece, se alimenta. Y el hablante, como sabemos, siempre tiene la razón, no se equivoca.

Podríamos quedarnos en la idea iluminista de la relación entre el sujete y lo que nombra, una relación donde el lenguaje es instrumento, o herramienta, como la concibe Pérez Réverte (a quienes sus padres condenaron con el lenguaje de género en el apellido y quizás por eso se opone tan fervientemente a él).

Pero no hay sujete que domine el lenguaje sino que el sujete es hablado en el lenguaje, que le divide (siguiendo a Lacan). O para decirlo de manera más deleuziana, podríamos pensar al lenguaje como una máquina de guerra que puede funcionar por sí misma, sin el sujete. El lenguaje llama al lenguaje, lo llama arrastrado sobre todo por lo social.

El lenguaje produce y reproduce las relaciones de dominio que existen en la experiencia social

y que Bourdieu remarca con el concepto de violencia simbólica. En este registro de la ley, que se crea con las reglas del lenguaje y las percepciones intersubjetivas del poder, los sujetos se establecen en una posición determinada. Las niñas juegan con Barbie y los varones a la pelota. Y cuando juegan las niñas y los niños a la familia o al Dominó, juegan “los chicos”.

La determinación del género en nuestra lengua se efectúa claramente cuando los grupos son puros, homogéneos (héteronormales, respondientes al binarismo). Pero cuando los grupos se mezclan, la ley aplica su significante dominante: ellos, todos, los chicos. Lo no varón es sujeto tácito.

Entramado en un lenguaje que no le incluye, el sujeto que piensa con lenguaje debe pensarse incluye por omisión. Es decir que en el propio esquema simbólico de las personas, personas pensantes, se forman las visualizaciones del mundo del dominio machista, que inciden en el desarrollo, si hablamos de registros, de lo imaginario y real de cada sujeto.

No hay política sin la comunicación activa a través del lenguaje, necesaria para tejer relaciones, negociación, discusión. El lenguaje es político: construye realidad y la refleja, ilumina zonas y oculta otras.

¿Si hablamos con lenguaje inclusivo estamos hablando distintos idiomas? ¿Nos entendemos? ¿O estamos hablando distintos idiomas si hablamos en masculino totalizador? ¿Y por qué decir lenguaje inclusivo y no lenguaje feminista, que es lo que realmente es: un lenguaje que confronta al patriarcado?

El ejemplo que trae Meana es muy gráfico: Cuando la Alicia de Carroll conversa con Humpty Dumpty (el huevo) en un pasaje tienen el siguiente diálogo a propósito de un malentendido en base a un término cuyo sentido no comparten:

-Cuando yo uso una palabra -dice Humpty Dumpty- esa palabra significa exactamente lo que yo decidí que signifique... Ni más ni menos.

La cuestión es -responde Alicia- si usted puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas distintas.

La cuestión es -le dice Humpty Dumpty- saber quién es el amo aquí. Eso es todo.

El lenguaje entonces es sumamente político porque es lo que legitima (e interpela, social, emocionalmente) nuestras relaciones, que siempre son relaciones de poder. Nosotres, que nos relacionamos políticamente, dictamos, exclamamos, reclamamos, incluimos o no a le otre. Somos el sujeto que antecede al predicado. Lo tenemos que poner en tensión, romper los estándares protocolares arraigados en una sociedad patriarcal a través del único medio posible para el pensamiento. Ese medio es el discurso. El lenguaje sirve para sostener o romper los esquemas patriarcales.

Y con esto quiero señalar el impacto de lo lingüístico en las relaciones de dominio, tan contradicho por esas frases como “usar un lenguaje neutro no cambia la forma de pensar” o “el lenguaje no crea realidades”. A esto, los activismos políticos respondemos con discurso que es acción. La ruptura de la política feminista con la cultura histórica del Varón nace con un discurso: de eso se trata la política deconstructora del terreno de las reglas. El discurso es lo que se reclama discutir, y entonces las prácticas que ha generado en la historia.

Las resistencias académicas se justifican en la visión patriarcal que nubla las instituciones, y estas son lo último en deconstruirse. La RAE acepta “almóndiga” y “feminazi” pero siempre evita, o más bien intenta evitar, los cambios políticos de género. Pero está fuera de discusión que el uso común aparece como principal motor (¿cuál otro habría?) del cambio en la lengua. Ante esto surge la perspectiva que adjudica a les usuaries del lenguaje inclusivo un patoterismo, una implementación artificial, por la fuerza. La poeta y lingüista Ivonne Bordelois es un ejemplo de esta posición: afirma que “los cambios en el lenguaje deben ser espontáneos”, a pesar de resaltar que este cambio surge desde “una voluntad muy apreciable de igualdad de derechos”. Beatriz Sarlo, prestigiosa crítica cultural, afirma que primero tienen que darse los cambios en la realidad. Lo que parece no haber registrado en esa observación es que “la realidad”, está cambiando, ya cambió, y que a la diacronía de la lengua se suma la sincronía con esas transformaciones.

Argumentar desde la supuesta imposición reduce la inviabilidad del uso del lenguaje inclusivo al hecho mismo de ser una deliberación política. Pero este factor señala la aparición del cambio lingüístico en conjunto con la revolución feminista. La teoría en nuestra época contemporánea se hace foco en el estudio mismo de la mediación de información y las estructuras comunicativas. Este feminismo del siglo XXI toma las herramientas del pensamiento de los últimos tiempos y crea. Crea un nuevo tipo de revolución, que, sí, incluye deliberadamente la crítica sobre un uso del lenguaje cómplice de las jerarquías patriarcales.

Llevamos una década en que los movimientos feministas y por la diversidad sexual entraron en las agendas políticas y normativas para buscar y en muchos casos lograr ampliación de sus derechos. En ese contexto, comenzamos a ver la utilización del “todos y todas”, de la @ y de la x. En algunos casos, también del asterisco *, para reemplazar la vocal que designa género.

Este año, en el auge de las movilizaciones feministas que dieron comienzo al debate por la Ley de IVE, el gobierno argentino, desde a página de la Secretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultura, también dio su posición sobre el lenguaje inclusivo:

“Ahora bien, con este símbolo y esta letra, ¿incluimos realmente y nominamos a todas las personas? Otra vez, la respuesta es NO, ya que ni el @ ni la X tienen un sonido fonológico que nos permita leer la neutralidad que queremos transmitir, e incluso si leemos en voz baja o hacia adentro la palabra TODXS, la seguimos leyendo en masculino”.

Además, hace énfasis en el binarismo insuficiente del desdoblamiento “todos y todas”, que, digámoslo, tiene dos problemas. No responde a la economía lingüística por la que se tiende a ahorrar tiempo y energía en el habla, y además, como señala el gobierno:

“Si quisiéramos hablar desde un lenguaje inclusivo, no podríamos pensarnos en sólo dos grupos. La diversidad sexual, la visibilidad de aquellas identidades que no “encajan” en el binomio, han puesto en jaque la utilización binaria”.

También la Cámara de Diputados tiene una guía “para el uso de un lenguaje no sexista e igualitario”, en la que no se permite el uso de @ o X pero se afirma que el uso del masculino genérico no colabora con la eliminación de desigualdades. Recomienda el desdoblamiento y las fórmulas neutras como “las personas trabajadoras” en lugar de “los trabajadores”. Entonces vemos cómo la institucionalización de las formas del lenguaje existe por fuera de la RAE y cómo las inequidades patriarcales del lenguaje ya son señaladas y dadas por existentes, hasta confrontadas, por el propio Estado nacional.

El activismo de los colectivos LGBTIQ+ en Argentina y en el mundo puede visibilizar la vivencia crítica de las personas disidentes con respecto a la heteronormatividad de nuestras culturas. Las existencias trans, bi, y queer, por ejemplo muestran que lo incoherente con la realidad es el binarismo masculino-femenino de nuestra lengua. En estos colectivos, en la militancia feminista e incluso en el mundo joven, gradualmente, se desdobra, se usan las X o las @ o las E. Hay una saturación de la realidad por lo no nombrado en el lenguaje un no nombrado que es fuerte, subjetivo, evidente.

La deliberación podría no ser un impedimento para su desarrollo, la costumbre existe y es difícil que una persona deje de implementar el lenguaje inclusivo o al menos deje de intentarlo. Se observa, en cambio, que las personas que lo hablan no se lo van olvidando, no se arrepienten ni ven frustrado el intento. Al contrario, las familias discuten con sus hijes, sobrines o nietes y, también gradualmente y en ciertos casos, aceptan el cambio. Y quizás lo aplican, tal vez cuando hablan con les jóvenes que se lo enseñaron, y después con el resto de su familia, y así. Es decir, estamos ante una deliberación que se filtra en el uso popular y sistemático. La problemática, como la suerte en los dados, está echada. Hay que jugar con eso.

Si el lenguaje se institucionalizara como medida política, con el poco consenso que hay (que es creciente o al menos no decrece), probablemente habría lugar para la expansión de su uso partiendo desde una base sólida.

En la sintaxis y en el lenguaje moran más animales extraños que en el fondo del océano, decía Lichtenberg. La lengua oficial como tal no está escrita en ningún lado. En el momento de ser consignada ese registro será obsoleto. Hablar con E, que no es ajena al sistema morfológico del español, todavía, para algunas, es incómodo. Pero también es incómoda la perspectiva de género, esa problematización que delata las desigualdades estructurales existentes y sistemáticas que hay en nuestra sociedad. Una vez que las vemos, que somos conscientes de esas inequidades que en la mayoría de los casos se traducen en injusticias, no podemos volver atrás.

Alejandro Raiter

En primer lugar, debo decir que este despelote que se armó con el lenguaje inclusivo me encanta. Aclaro mi posicionamiento porque nunca creí y no creo en la neutralidad de los estudios lingüístico-gramaticales, ni aun de ninguna actividad científica. De modo que lo miro inserto en la sociedad, en la historia, en un momento.

No me parece mal ni raro llamar lenguaje inclusivo al tema de nuestro debate, pero debo aclarar que si como lingüista debiera responder alguna pregunta acerca de si el lenguaje discrimina o invisibiliza grupos sociales debería ser que no: discriminamos mediante el uso lingüístico. No quiero ser caprichoso pero reservemos el término lenguaje para la capacidad que tiene la especie. Las personas –les hablantes– utilizamos dialectos –sociolectos, cronolectos– para comunicarnos y mediante este uso podemos discriminar e invisibilizar o no hacerlo, así como podemos persuadir, invitar, pedir, contestar, etcétera.

Las lenguas, idiomas nacionales, tienen existencia a partir de la reconstrucción o elaboración por parte de analistas, gramáticos, filólogos o como se los llame, que construyen sistemas altamente idealizados. Para hacerlo, toman datos de usos lingüísticos y de su propia ideología, formación gramatical, lingüística y filológica. En muchos casos el Estado toma una de estas reconstrucciones y la establece como lengua oficial y/o lengua de la educación, mediante procesos de reconstrucción, como dije, que solemos calificar de normalización y normativización.

Entonces decimos que el lenguaje no puede discriminar ni invisibilizar, que al utilizar las formas lingüísticas dialectales –para comunicar, para pensar– podemos hacerlo y queda la pregunta de si las lenguas lo hacen y, muy en particular, si el español –así llamado– lo hace.

Las formas lingüísticas de cualquier dialecto no están fijadas de una vez y para siempre: las formas varían de acuerdo con factores sociales, culturales, etcétera y cambian a lo largo del tiempo; por lo tanto cambian también las reconstrucciones, las lenguas y las gramáticas que intentan expresarlas. Cervantes no respetó la gramática de Nebrija, Borges; Cortázar, García Márquez, Benedetti, Carlos Saúl 1° de Anillaco y Macri tampoco parecen haber estado demasiado pendientes de las normativas.

Bien, la gramática de una lengua particular es, en sí, un texto, una serie de hipótesis acerca de la construcción de objetos también ideales, como las oraciones, no está en condiciones de afirmar sobre sí misma si discrimina, si invisibiliza o no lo hace; nosotros, les hablantes, somos quienes estamos en condiciones de afirmar o negar si de sus explicaciones y normativas se desprende una actitud de ese tipo.

Y en el caso que nos ocupa, una parte importante y no minoritaria de la gran comunidad lingüística que utiliza dialectos españoles siente y sostiene que se siente discriminada e invisibilizada. No tiene ningún goyete que algún personero de la RAE salga a intentar instruirlos acerca de que no deberían sentirse discriminadas porque en el español el masculino es el género no marcado, el que

engloba a los dos géneros, para complicar las cosas los géneros reciben el nombre de sexos, es decir, representa a hombres y mujeres, porque

- a) nadie puede decirle a otro cómo debe sentirse (no tienen que dolerte, ya te anestesié, dijo un dentista) y
- b) precisamente es el uso de ese masculino genérico lo que se critica.

El lenguaje no es un mero instrumento neutro de comunicación, tampoco sirve para reflejar de modo transparente algo llamado realidad; por el contrario, organiza la percepción, está relacionado de modo fundamental con el pensamiento. El género, como categoría presente en las gramáticas que guía algunas opciones sintácticas, está presente en todas las lenguas, es decir, parece ser parte de la gramática universal. Sin embargo, no es universal ni obligatorio que los géneros sean masculino y femenino ni que sea una categoría binaria. El español distingue género femenino y género masculino. ¿Se los podría haber llamado de otra forma? Seguro que sí, pero alguien nos jodió. ¿Por qué? Seguramente por su ideología. Tal es así que la distinción de pertenencia a alguno de los dos géneros debe realizarse por medio del modificador directo, artículo, adjetivo que lo acompaña o puede acompañar; de lo contrario sería bastante absurdo o contradictorio hablar algo como género inherente en

- ❖ El cuadro de Picasso
- ❖ Esta pintura es de Picasso PERO
- ❖ La foto es de Picasso
- ❖ Es un desodorante femenino
- ❖ La nave va
- ❖ El navío viene

Lo mismo sucede en el caso de las traducciones –las que llamamos préstamos pero que, a diferencia de la deuda externa, nadie piensa en devolver. Así:

- ❖ *Del inglés computer* tenemos el ordenador / o la computadora / o la compu.

Ahora bien, los usos lingüísticos tienen consecuencias, como dijimos, en el pensamiento y en íntima relación con la ideología. Veamos algunas cosas. Supongamos, aunque sabemos que es absolutamente imposible, un corte en la historia inexistente y tomemos una aseveración frecuente y falsa que era bastante común, o podría serlo, tal vez no me crean, pero soy más viejo, de mediados del siglo pasado:

- ❖ El hombre desciende del mono

¿Qué hacemos con esto? Obviamente la gramática no le indicó a le emisor que dijese hombre y no mujer, o que dijese hombre y mujer, o la especie humana o algo por el estilo. Conste que lo mismo vale para la mona. Obviamente fue la ideología de quien lo dijo; simplemente, digamos, la RAE en su momento lo avaló y hubiese –en esta historia ficticia– considerado innecesaria una pregunta del tipo:

□ ¿Y la mujer de quién desciende? Ya que el masculino es genérico, aun para la mona

Claro que esto viene de lejos, después de todo Dios creó primero al hombre y luego le dio una compañera.

Lo curioso es que a fines del siglo XX se descubrió –déjenme llamarlo así– el ADN mitocondrial y toda la especie desciende de una Eva original, a quien denominaron Lucy de puro ateos que son. Sin embargo, seguimos hablando de hombre primitivo, *habilis*, etcétera y podemos decir –sin dudar– que ya no vale echarle la culpa a las traducciones del latín: no hablamos latín porque las lenguas cambian. Si algunos no quieren cambiar su ideología patriarcal es asunto de ellos.

Otra gran pregunta que podemos hacernos es si el cambio lingüístico que, desde nuestra concepción, es inherente a todas las lenguas particulares, puede ser inducido: es decir, si podemos quebrar la afirmación saussureana de la arbitrariedad y la inmutabilidad, que parece haberse extendido más allá del signo. El tema no es nuevo, ya se ha intentado y se sigue intentando desde hace mucho tiempo.

No vamos a tratar de hacer una larga historia que pase por Sarmiento, Juan Ramón Jiménez ni García Márquez, pero la expresión *políticamente correcto* acompañó recientemente muchos cambios. Así tenemos en nuestra lengua: *afroamericanos, personas con capacidades diferentes, opciones sexuales, familias ensambladas, pueblos originarios*. Al menos en psicolingüística puedo afirmar que –en inglés el pronombre que reemplaza *baby*– *bebé* ya no es más *it*, sino *she*.

Quienes no se sienten representados por el masculino genérico han intentado muchos cambios en el uso lingüístico. Por ejemplo el *todos y todas, argentinos y argentinas, los y las participantes*, etcétera. También se intentó evitar el uso del masculino genérico mediante –déjenme llamarle– hiperónimos: *la ciudadanía* en lugar de *los ciudadanos*, *el electorado* en lugar de *los electores*. Se difundieron las grafías que reemplazan la *a* u la *o* cuando marcan género por *x* o por *@*, como en *lxs alumnxs*. Esto irritó a muchos. Sobre todo a la RAE, en la figura de Ignacio Bosque (2012), retomado por *La Nación* para tirarse contra.

La opción de nombrar los dos géneros tuvo quizás su máxima representación institucional en la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela de 1999 –reformada en 2009– que, además de reconocer los derechos de los pueblos originarios y del medio ambiente, se empeña en no escuchar y redacta marcando los dos géneros: *ciudadanos y ciudadanas, venezolana y venezolanos* para señalar derechos y obligaciones.

Pero esto no fue todo, son solo ejemplos. Bosque también se indigna porque diferentes instituciones de España, algunas incluso hablantes monolingües de castellano, como las autonomías locales y regionales, servicios asistenciales, la UGT e incluso algunas universidades, por atender a

una demanda de quienes eligieron a las autoridades y/o trabajan en ellas, produjeron manuales de escritura que recomiendan que los documentos que emitan deban marcar los dos géneros o prevean recurrir a los llamados –por mí– hiperónimos.

Para colmo de males, estas guías fueron realizadas ¡sin consultar a la bendita RAE! ¡Les hablantes deciden por sí mismos! ¡Las autoridades gremiales y los miembros de las juntas o directivas de las instituciones decidieron atender a las demandas de los votantes que los eligieron en lugar de atender a los autoconsagrados dueños del idioma! ¡Sin consultarles y encima capaz que sin pagarles comisión! (No sabemos si por el uso ilegal de la lengua o por querer romper el monopolio del poder de dictar normas lingüísticas). Bosque llega incluso a decir que es una discriminación de la mujer que llegó a ocupar un cargo tradicionalmente ejercido por hombres: juez, catedrático. Esto lo hemos señalado para mostrar que no solo se opone a un posible cambio morfológico, como el uso de *e*, sino a una simple guía de redacción.

Debemos admitir que –aunque no degenera nada– escribir y hablar marcando los dos géneros es cansador y aburrido; leer textos con estas características o escuchar a quienes hacen esto de modo permanente, también. Tratar de leer un texto escrito con *x* y *@* para evitar que el morfema indique género se hace difícil, sobre todo en voz alta: son difíciles de pronunciar; además, escuchar a una hablante tratando de pronunciar KS es muy aburrido a la segunda o tercera aparición. Pero esto no indica que no hayan sido búsquedas conscientes de producir un cambio para que se visibilice a la mujer.

El uso de la *e* produjo una explosión, sin duda. El impacto de este uso, la sorpresa que causó su empleo masivo en la Argentina durante movilizaciones y debates relacionados con la ley de IVE aún no ha sido asimilado del todo. Y ha provocado reacciones aún más furiosas de los patriarcales héteronormativos. Supongo que porque no resulta aburrida –es más, me divertí mucho durante algunos debates televisados– es muy fácil usarla y –a pesar de algunos– la *e* no es ajena al sistema morfológico del español –*presidente, estudiante, oyente, hablante*. Para colmo, no hay forma de determinar el género si no están acompañadas por un modificador directo.

Los dialectos varían y cambian, las lenguas cambian. La pregunta sigue siendo si un grupo o grupos, de modo consciente, pueden dirigir ese cambio. Tal vez, también, si es legítimo que se lo propongan. A mí me parece que sí. Ya resulta cansador lo de los grandes hombres de la historia, que las mujeres sean mujeres de y no al revés, que si alguna aparece debe ser con nombre y apellido. Y, claro, da bronca.

No está claro si somos amantes y admiradores sinceros de un mercenario genovés que nunca llegó al Río de la Plata, o si no nos gustaba el monumento a Juana Azurduy por feo, por haber sido mujer o por haber sido boliviana antes de que existiese esa república o esa denominación. Pero lo cierto es que lo sacaron. Y claro, da bronca.

El lenguaje, las lenguas y los dialectos tienen algo irreductible: llamémoslos deícticos, pronombres personales, *shifters*, embragadores o como quieran. Pero lo cierto es que yo soy yo y ustedes son ustedes. Nadie puede discutirme eso, menos aún la RAE, y si yo me siento discriminado, yo me siento así y no

hay teoría morfológica que me lo saque de encima. Porque yo soy yo desde mucho antes de saber que las gramáticas existían y mucho antes de saber que yo era hablante del español de la Argentina.

Parece, o me parece, que algunos hubiéramos leído a Foucault o entendido de modo espontáneo, sin guías teóricas, que junto con la lucha discursiva por el poder se debe librar la lucha por el poder decir. Las mujeres, creo, no quieren ser relegadas del poder y quieren poder decir yo soy, yo existo, yo estoy por fuera del masculino.

Parece, o me parece, que algunos hubiéramos leído a Bourdieu o entendido de modo espontáneo, sin guías teóricas, que los signos son escasos: hacen falta otros porque eso siento yo junto con otros muchos yoes.

¿Puede triunfar un cambio así? ¿Puede imponerse? No lo sé, no lo sabemos. Pero podemos funcionar como innovadores; utilizar estas formas, reprogramar o añadir en nuestros correctores de *Word* estas posibilidades, podemos no corregir a les alumnes si usan estas formas sin, por supuesto, obligarles. Tal vez la no marcación de género varíe junto con la marcación de género y, alguna vez, sea la forma mayoritaria.

Después de todo, perdimos la che, la elle, la erre, podemos escribir *setiembre* y decir *subir y bajar abajo*.

Tal vez también podamos vivir en un mundo mejor, más libre, sin visibilizades ni ocultades, sin explotadores ni explotades. Porque la lucha de las mujeres no es la única, pero es una lucha por derechos.

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser puestos en común, y deduce naturalmente que hasta las mujeres pertenecerán a la comunidad.

